

ADAM RUTHERFORD

**CÓMO
REBATIR
A UN
RACISTA**

HISTORIA, CIENCIA, RAZA Y REALIDAD

PAIDÓS

ADAM RUTHERFORD

CÓMO REBATIR A UN RACISTA

Historia, ciencia, raza y realidad

Traducción de Ana Pedrero Verge

PAIDÓS Contextos

Título original: *How to Argue with a Racist*, de Adam Rutherford
Publicado originalmente en inglés por Weidenfeld & Nicolson, un sello editorial
de The Orion Publishing Group, Londres

1.^a edición, marzo de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Adam Rutherford, 2020
© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2021
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2021
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3797-0
Fotocomposición: AuraDigit
Depósito legal: B. 1.248-2021
Impresión y encuadernación en Limpergraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Un apunte sobre la terminología	11
Prefacio	13
Introducción	23
1. La piel en el punto de mira	51
2. Tus ancestros son mis ancestros	91
3. Black Power, el poder negro	133
4. La materia blanca	163
Recapitulación y conclusiones	205
Agradecimientos	215
Referencias bibliográficas	217
Índice onomástico y de materias	223

PARTE

1

La piel en el punto de mira

De todos los descriptores que usamos los humanos, la piel es el más notable, y por eso empezaremos por el color. La especie humana es enormemente visual, y la pigmentación es el primer y principal indicador que empleamos para clasificar a las personas. El color de la piel viene determinado por los genes, al margen de los ínfimos efectos del sol.

Los genes codifican las proteínas y estas, a su vez, ejecutan la biología; es decir, todo ser vivo está hecho de proteínas o creado por ellas. El cabello se compone de queratina, que es una proteína; la melanina que pigmenta el cabello y la piel no es una proteína en sí misma, pero las proteínas, codificadas por los genes, controlan en gran medida su producción. Aunque todos compartimos el mismo conjunto de genes, estos son iguales y diferentes a la vez: las pequeñas variaciones en la secuencia de un gen entre una persona y otra se manifestarán en forma de proteínas sutilmente distintas, generando así las diferencias biológicas entre un humano y otro, como si fueran grafías distintas que adoptan los aproximadamente veinte mil genes que tenemos todos.

Estamos seguros de lo que sabemos acerca de los fundamentos de la genética, pero vincular el código genético básico a la forma y a la función de una proteína es complicado. A medida que destapamos nuevos descubrimientos en la edad de la genómica, nunca resulta sencillo —de hecho, casi siempre es imposible— predecir la manifestación física del gen que la codifica, es decir, el fenotipo del genotipo. En el siglo XIX, el científico Gregor Mendel cruzó miles de plantas de guisantes y dedujo que los rasgos se transmiten de una generación a la siguiente mediante patrones discretos que siguen unas reglas estrictas. Tras el redescubrimiento del trabajo de Mendel a principios del siglo XX, el concepto de *gen* se definió como la unidad de la herencia, es decir, como una pieza discreta de información heredable. En realidad, esta idea es mucho más antigua, pero no se codificó científicamente hasta el siglo XX. La primera descripción de un trastorno genético se encuentra en el Talmud, en la enseñanza rabínica que exime a algunos niños de ser circuncidados en sus primeros días de vida si otros familiares hombres habían muerto desangrados durante el mismo procedimiento a consecuencia de lo que ahora sabemos que eran casos de hemofilia. Este patrón de herencia, igual que la forma o el color de las plantas de guisantes de Mendel dos mil años más tarde, se afirma sobre la base de unas reglas que son innegablemente correctas y a las que llamamos mendelianas.

La historia de la herencia genética resultó ser mucho más compleja en los humanos que en los guisantes, y los viejos modelos simplistas sobre la relación de un gen específico con una característica concreta se han ido erosionando durante las últimas dos décadas. Nada de esto es nuevo en cuanto a los rasgos

humanos complejos, como pueden ser la inteligencia o las enfermedades, como la esquizofrenia, en cuyo desarrollo se ha descubierto que docenas o incluso cientos de genes desempeñan un papel pequeño pero acumulativo, algo que sabemos desde hace ya algunos años. Los genomas son ecosistemas complejos y dinámicos en los que los genes cumplen distintas funciones en el cuerpo, según dónde y cuándo se los requiera. Un gen implicado en el crecimiento del embrión justo después de la concepción puede desempeñar un papel bien distinto más adelante, o tal vez ninguno. Asimismo, un gen puede tener distintas funciones, un efecto al que llamamos *pleiotropía*. Otro fenómeno, llamado *epistasia*, explica que el impacto de un gen depende de otros genes; su efecto puede ser positivo o negativo, y puede darse entre genes totalmente distintos que actúan en red, o incluso entre las dos copias de cada gen que todos tenemos, cada una heredada de cada progenitor. Los genes hacen muchas cosas de muchas formas, e incluso tras estudiarlos durante tan solo una generación, seguiremos descubriendo nuevas dinámicas en el genoma humano. El código genético se ha mantenido estático durante miles de millones de años, pero la evolución nunca ha dejado de trastear con cómo se organiza para formar una vida.

Los ejemplos de manual que utilizamos para explicar los principios básicos de la herencia biológica suelen tener relación con la pigmentación, como en el caso del color de los ojos, pero cualquier explicación se queda corta ante su complejidad. En el aula aprendemos que los ojos azules y marrones vienen codificados por distintas versiones del mismo gen (a las que nos referimos como alelos; el alelo marrón domina sobre el azul, lo que significa que para tener ojos azules, debes heredar un ale-

lo azul de tu padre y de tu madre, y la presencia de uno o dos alelos marrones te dará ojos marrones). Esto es más o menos cierto, pero se complica con el hecho de que existe un gen implicado en la pigmentación verde del iris, y con que se ha demostrado que al menos otros doce genes afectan al color de los ojos. El resultado de esta red es que, en contra de lo que aprendemos en clase, es posible que un niño tenga los ojos de *cualquier* color, independientemente de la combinación de los colores de ojos de sus progenitores.

Otro ejemplo que ha sido un aliado incondicional del mantenimiento de un modelo mendeliano de herencia sencillo es el gen *MC1R*, el cual también interviene en toda pigmentación, pero sobre todo en la de un rasgo tan visible como es el color del cabello. Existen muchas variantes del *MC1R*, pero unas diecisiete de ellas modifican el comportamiento de la proteína que codifica, lo que provoca la producción de un tipo específico e inusual de un pigmento: la melanina. Si tienes dos copias de una de estas variantes, serás pelirrojo. En ese sentido, ser pelirrojo es un rasgo recesivo clásico: solo las personas que dispongan de dos alelos rojos del *MC1R* serán pelirrojas.

Estas fueron enseñanzas de manual hasta diciembre de 2018, cuando una extensa encuesta genética arrojó que las variantes pelirrojas del *MC1R* son responsables del 70% de las cabelleras pelirrojas, y que la mayoría de las personas que supuestamente tienen dos variantes pelirrojas en realidad tienen el cabello moreno o rubio. Parece ser que son casi doscientos los genes que influyen hasta cierto punto en la pigmentación del cabello, que son aproximadamente el 1% de la cifra total de genes que existen en el genoma humano. Este tipo de resultado solo podía aparecer en la era de los enormes conjuntos

genómicos: los científicos responsables del estudio observaron a trescientas cincuenta mil personas para demostrar que el modelo antaño sencillo del cabello pelirrojo está mucho más cerca de ser de una complejidad inescrutable.

A lo largo de la breve historia de la genética, nos hemos aferrado a modelos simples que explican rasgos aparentemente sencillos, como el color de los ojos o del cabello. Pero si te fijas en los ojos de las personas, verás todo un espectro de color, desde el azul más claro a casi negro, y además, patrones mixtos en el iris, motas de distintos tonos y una heterocromía total en la que los ojos pueden tener zonas que claramente son de colores distintos o, en algunos casos, en la que cada ojo es de un color distinto.¹ Los intentos de clasificar a los humanos según este tipo de rasgos aparentemente sencillos no es fácil, y la genética subyacente es endemoniadamente compleja.

Lo mismo ocurre con la pigmentación de la piel. La melanina es el pigmento principal de la piel, y su función es protegernos. Hace más de un millón de años, nuestros ancestros africanos comenzaron a perder el vello corporal a medida que empezaban a dejar atrás los bosques o las junglas para vivir en sabanas abiertas. El aire denso es caliente, y desarrollaron nuevas estrategias para el enfriamiento, entre ellas una mejor transpiración y la pérdida de la mayor parte del vello corporal: cam-

1. La heterocromía bilateral total es bella y asombrosa por su poca frecuencia, y generalmente se debe al mosaicismo genético, es decir, a la circunstancia de tener dos conjuntos de genes distintos en células distintas. Aunque a menudo se dice que David Bowie tenía heterocromía, en realidad lo que tenía era anisocoria, una condición totalmente distinta, por la que una pupila se encuentra dilatada permanentemente y no responde a los cambios de luz, lo que daba la apariencia de que los ojos eran de dos colores diferentes, a pesar de que ambos eran azules. Bowie adquirió este rasgo tras recibir un puñetazo en una pelea en el colegio por una chica.

biamos los folículos capilares por glándulas sudoríparas. Pero esta nueva exposición elevaba el riesgo de deficiencia de folato, es decir, la destrucción de una de las vitaminas claves de los rayos ultravioleta del sol. Esta disminución provoca una serie de problemas médicos graves, entre ellos la anemia y los defectos medulares durante el desarrollo intrauterino. Todas ellas representan presiones evolutivas importantes, y por ello la piel se adaptó para poder superarlas.

Las células especializadas que se encuentran en la base de la piel, llamadas melanocitos, producen melanina, la cual se deposita en paquetes diminutos llamados melanosomas que migran hacia la luz y se colocan encima de otras células de la epidermis. Al hacerlo, absorben y bloquean los rayos ultravioletas antes de que agoten los niveles de folato en las células que tienen debajo. Si eres de piel pálida, tienes menos melanina y, por lo tanto, una capacidad reducida de absorber los rayos ultravioletas de esta forma, y por eso, si solo pudiera darte un consejo con vistas al futuro, sería que utilices crema protectora.

Aunque estos principios básicos ya están entendidos, la situación se complica gracias al hecho de que existen distintos tipos de melanina, cuya producción varía según la ubicación de las células en el cuerpo. La feomelanina es una versión más rosada que está presente en el cabello pelirrojo, en los pezones, en el pene y en la vagina. La eumelanina es más común y se encuentra en la piel, en el iris y en la mayoría de los colores de cabello. Son muchos los genes que participan en las rutas bioquímicas que dan lugar a la producción de melanina, y la variación natural entre los genes de las personas es la raíz del espectro de tonos de piel que presentamos los humanos. Los melanosomas varían en tamaño y cantidad de un individuo a

otro, y ello influye también en la pigmentación visible. Igual que el color de ojos, de cabello y la mayoría de los atributos humanos, la genética de la pigmentación es compleja, confusa, altamente variable y entendida solo hasta cierto punto.

No es en absoluto sorprendente que, con una población de más de mil doscientos millones de personas repartidas en cincuenta y cuatro países, el color de piel de las personas del continente africano conforme un extenso tapiz que se solapa con el de los hindúes y el de los nativos australianos, con el de los sudamericanos y el de algunos europeos. Y, aun así, hablamos de «negros» o «de piel morena». En la escala de colores, la pigmentación de un escocés pelirrojo de piel pálida está lejos de la típica de un español, pero a los dos los consideramos blancos. El color de la piel de más de mil millones de asiáticos del este presenta una variación similar y, sin embargo, hoy en día, tendemos a no referirnos a ellos por el color de su piel. El adjetivo *amarillo*, aunque fue un elemento fundamental en la descripción de las personas del este asiático durante varios siglos, mientras se desarrollaba el racismo científico, ahora ha caído en desuso y en general se considera extremadamente impreciso y directamente racista. En su lugar, los principales descriptores raciales de los asiáticos del este son el pliegue epicántico del párpado superior (que también está presente en bereberes, inuits, finlandeses, escandinavos, polacos, nativos americanos y en personas con síndrome de Down), y el cabello espeso, negro y liso. Los límites taxonómicos de las categorías raciales tradicionales no muestran coherencia alguna.

A lo largo de los siglos, la ciencia evolucionó y el proceso que seguimos para aplicar los principios taxonómicos a la humanidad se fue refinando cada vez más. Con el tiempo, el cam-

po de la genética terminaría unificando científicamente los orígenes humanos y la diversidad humana, aunque siempre fueron tenidos en cuenta juntos, o al menos desde el siglo XVII, cuando surgieron los primeros de muchos intentos de formalizar qué es la raza y cuántas razas existen. Cuando hablamos de la historia de la clasificación humana, es importante tener en cuenta la cultura en la que estas tareas descriptivas se acometieron, y aunque muchas resulten desagradables y acientíficas en la actualidad, podemos describirlas como racistas sin tener que condenarlas necesariamente como tal.

Existen infinidad de referencias al color de la piel en la historia antigua, especialmente en Egipto, cuya geografía en torno al colosal río Nilo recorre una gran extensión de norte a sur y, por tanto, abarca una amplia gama de tonos de piel según su proximidad al ecuador, desde el Mediterráneo en el norte, hasta la región que hoy conocemos como Sudán en el sur. Escasean las evidencias de la presencia de estructuras de clase o sociales relacionadas con los tonos de piel en el antiguo Egipto, aunque su variación queda reflejada en sus representaciones artísticas.

Las ciudades Estado y el posterior Imperio griego se extendieron a lo largo y ancho del mundo, limitando frecuentemente con el mar. Los griegos empleaban muchos términos relacionados con la identidad, la etnicidad y la nacionalidad, como *ethnos*, *ethos*, *genos*, entre otros, y en su literatura también hallamos numerosas referencias a los tonos de piel y a la pigmentación, aunque su traducción directa no siempre resulta sencilla. Su alcance internacional se extendía desde el este y hasta bien entrada África. Las primeras referencias a Etiopía aparecen en la *Iliada* y en la *Odisea*, y la palabra misma com-

prende las palabras *aitho* y *ops*: «quemado» y «rostro». En la *Ilíada*, el cabello de Aquiles se describe como *xanthos*, que podría significar rubio, moreno o incluso rojizo. Igual que ocurre con todos los idiomas, las palabras antiguas no siempre tienen una vinculación directa con los vocablos presentes. En ocasiones, estas palabras se utilizan para describir el carácter, así como la apariencia física, como puede ocurrir en el inglés actual: la palabra *blonde* («rubia») se convirtió en un término despectivo hacia las mujeres y significaba «olvidadiza», y la palabra *swarthy* («moreno») aparece en algunos diccionarios con el significado de «saturnino» o «misterioso», y lo mismo ocurre con la palabra *dusky* («oscuro»). Odiseo es a veces *xanthos*, pero también de tez oscura en otras ocasiones, y en la traducción de la *Odisea* de Emily Wilson se le describe como moreno. Después de todo, era un hombre complejo.

Para la mayoría de los que no somos eruditos clásicos, puede que presuponer que los griegos antiguos eran blancos surja de las estatuas clásicas que hoy vemos en mármol de color blanco puro, pero que, en su época, se pintaban con colores llamativos. Al mismo tiempo, la mayoría de las representaciones de personas de las cerámicas antiguas son de un monótono negro, aunque nadie presupone que ello signifique que los griegos eran de piel oscura.

En la misma línea, Roma fue un dominio intercontinental vastísimo como República y como Imperio. Esclavizaba a personas del norte y del sur, pero también integraba a los no romanos en la sociedad fuera de la esclavitud. Que en la Gran Bretaña romana hubo personas de toda África y de Oriente Medio está libre de toda controversia. Conocer las proporciones de estos grupos internacionales no es sencillo, especialmen-

te por la diversidad presente en el Imperio romano y por la poca claridad del significado de las palabras que se empleaban para describir la pigmentación. Eso sí: las evidencias escritas y arqueológicas son inequívocas. El gobernador romano de Gran Bretaña en el siglo II, Quinto Urbico, nació en el reino de Numidia, en lo que hoy es Argelia. Una lápida del mismo periodo hallada en South Shields indica la muerte de una mujer justo a las afueras de Londres llamada Regina, una esclava liberada que se casó con un hombre llamado Barates de Palmira, Siria. En la era de la genómica, podemos utilizar el ADN para evaluar las mezclas entre diversos grupos de la historia, pero hasta la fecha, el ADN en relación con los romanos británicos es escaso por culpa de una multitud de razones: la red para estudiar los genomas de los huesos romanos todavía no se ha tendido con la amplitud necesaria, y es probable que estos genes hayan desaparecido de los genomas contemporáneos. Tal vez las relaciones sexuales con los autóctonos de la zona no eran demasiado comunes, ni lo que llamamos mezcla en términos generales; en este sentido, también son escasos los rastros de ADN danés en los británicos de hoy, a pesar de los varios siglos de gobierno danés y de tierra bajo ley danesa de la Edad Media. Sin embargo, existen algunos indicadores claros de mezcla africana. En 2007, en un pequeño grupo de hombres blancos de Yorkshire sin conexiones conocidas con África se hallaron los cromosomas Y que se observan más comúnmente en países como Guinea-Bisáu, un traspaso genético que podría proceder de la Britania romana.

Con esto no pretendo dar la imagen de que el pasado de Europa fuera un crisol utópico de igualdad, sino más bien lo contrario, ya que fue una época de mucho esclavismo y de

expansión colonial. Los estereotipos y prejuicios religiosos y étnicos abundaban, pero los criterios que se seguían para la subyugación no eran los mismos que los nuestros, y la pigmentación no siempre ha sido un determinante principal del carácter o de la ascendencia.

En cuanto al islam en la Edad Media, en la literatura que ha sobrevivido apenas encontramos mención a la superioridad o a los prejuicios debidos al color de la piel hasta que llegamos a los escritos del siglo XI del filósofo Avicena, quien creía que las personas expuestas a climas extremos (en relación con Oriente Medio) eran más aptas para la esclavitud gracias a ciertas diferencias de carácter determinadas por la geografía: los europeos de piel clara eran ignorantes y carecían de criterio, mientras que los africanos de piel oscura eran veleidosos e insensatos. Por lo tanto, ambos fueron adecuados para la opresión durante un periodo que abarcó más de novecientos años y en el que más de cinco millones de personas fueron esclavizadas.

El surgimiento de un enfoque científico (o, mejor dicho, pseudocientífico) de la taxonomía humana coincidió con el crecimiento de los imperios europeos. La clasificación de las distintas poblaciones antes de que los europeos se expandieran por todo el globo se había basado típicamente en la religión o en el idioma, y no en el color de la piel, pero con el advenimiento y el crecimiento de la era de la revolución científica, la pigmentación pasó a ser un rasgo fundamental del carácter de los humanos.

Aunque es cierto que algunos de los pioneros de la antropología seguían principios científicos, alterar a las personas incluyéndolas en colonias potenciales o reales facilita la subyugación. Es mucho más sencillo vender el argumento de la ocu-

pación y de la esclavitud si estás convencido de que las poblaciones indígenas son diferentes, son de orígenes distintos y son cualitativamente inferiores a los colonos. A pesar de este proceso de racialización, a partir del siglo xvii algunos siguieron una visión cristiana que era menos divisoria en cuanto a la raza, ya que todos los humanos eran hijos de Adán y Eva. Esta idea, el monogenismo, contó con el respaldo de distinguidos eruditos, como Robert Boyle e Immanuel Kant. Este último formuló la idea de que toda la humanidad procedía de un origen único, pero que las diferencias «fijas», principalmente el tono de la piel, surgían de las condiciones locales.

La teoría opuesta, el poligenismo, postulaba que las distintas poblaciones humanas surgieron en las regiones en las que habitaban actualmente, y por lo tanto presentaban comportamientos culturales y biológicos diferentes que respondían a una evolución aislada. Entre sus defensores se encontraba Voltaire, quien, como voz del pensamiento ilustrado, fue un poligenista acérrimo. En 1769, escribió:

Nuestros sabios han dicho que el hombre fue creado a imagen y semejanza del Señor. He aquí una bella imagen del Divino Creador: una nariz negra y chata, un ser de inteligencia escasa o casi inexistente. No cabe duda de que llegará el momento en que estos animales aprenderán a cultivar la tierra correctamente, a adornar sus hogares y jardines, y a conocer los caminos de las estrellas: uno necesita tiempo para todo.

El naturalista sueco Carl Linneo fundó la clasificación taxonómica de todos los seres vivos que todavía usamos actualmente: género y especie (*Homo sapiens*). En 1758, en la décima

edición de su clásico *Systema naturae*, nos incluyó en cinco categorías o subespecies: *afér* (es decir, de África), *americanus*, *asiaticicus*, *europæus*, y *Homo sapiens monstrosus*. El color de la piel era un elemento fundamental en su diseño, pero merece la pena apuntar que aplica todo tipo de juicios de valor racistas a los rasgos biológicos más prosaicos: las *afér* eran mujeres vagas y arteras que carecían de vergüenza y se regían por el capricho; los *americanus* eran de piel roja y cabello negro y liso, y eran fervorosos y testarudos, y se regían por las costumbres; los *asiaticus* eran severos, altaneros, codiciosos y se regían por las opiniones. ¿Y qué hay de su juicio acerca de los *europæus*? Amables, perspicaces e ingeniosos, regidos por las leyes. En cuanto a los *Homo sapiens monstrosus*, Linneo mezcla leyenda con ciencia contemporánea e incluye a humanos míticos y algo extraños: personas salvajes, niños y niñas lobo, enanos patagónicos y hotentotes de un solo testículo. Pero no todo el mundo fue así de hostil y racista en sus intentos de clasificar a las personas y de justificar las jerarquías raciales. En el siglo XVIII, el antropólogo alemán Johann Blumenbach fue uno de los primeros en aplicar los principios científicos a las poblaciones. También clasificó a los humanos en cinco grupos taxonómicos ancestrales: caucásicos (europeos blancos); asiáticos occidentales y norteafricanos; etíopes (africanos subsaharianos); mongoles, es decir, asiáticos del este que no fueran del sudeste asiático, a quienes categorizó como malayos; y nativos americanos. La craneometría, que se fundamentaba en las mediciones de sesenta cráneos, era el elemento central de su diseño, mucho más importante que el color de la piel, aunque algunos de los epítetos aplicados a la pigmentación que todavía se emplean hoy proceden de su taxonomía: se refirió a sus

cinco categorías como blancos, negros, amarillos, marrones y rojos. Desde su particular postura como creacionista bíblico, afirmaba que Adán y Eva eran caucásicos blancos nacidos en Asia y que sus descendientes habían migrado a todos los rincones del mundo a partir de ahí. Esta idea —que las razas surgieron de condiciones del entorno local, como es el caso de la pigmentación oscurecida de los africanos como reacción al sol— pasó a conocerse como la *hipótesis degenerativa*.² En este diseño, Blumenbach afirmaba con fervor que estas cinco variedades formaban una única especie.

Es interesante ver que Blumenbach se acercó al conocimiento científico moderno de la migración y de la evolución humana al tiempo que erró en casi todos sus aspectos. Ahora sabemos que el *Homo sapiens* es una especie de origen africano, probablemente panafricano, cuyas raíces no cabe duda que surgen en el Gran Valle del Rift, en África del este, pero también en el norte de África, donde se han encontrado los vestigios más antiguos de nuestra especie, de unos trescientos mil años de antigüedad. Sabemos que la piel clara es una adaptación —surgida a través del proceso de la selección natural— a la exposición de un sol más débil en los climas norteros más nubosos. También merece la pena señalar que Blumenbach era más contenido en lo que se refiere a afirmar la inferioridad de los africanos con respecto de los europeos blancos: «No existe ninguna nación supuestamente salvaje conocida bajo el sol que se haya distinguido tanto mediante tales ejemplos de per-

2. El significado de *degenerativo* no coincide exactamente con el que manejamos hoy en día, ya que implica un cambio a partir de una forma anterior y no un declive explícito de una forma perfecta inviolable.

fectibilidad y capacidad original para la cultura científica, y que por lo tanto se haya acercado más a las naciones más civilizadas de la Tierra, que la de los negros».

Otro coetáneo de Blumenbach —y antagonista de Kant— fue Johann Gottfried von Herder, quien adoptó una postura científica que parece todavía más moderna: afirmó que la idea de las cuatro o cinco categorías raciales era engañosa. «Los colores se solapan los unos con los otros», escribió; veía la variación humana en un continuo que «pertenece menos a la historia sistemática de la naturaleza que a la historia físico-geográfica de la humanidad».

Es impresionante lo cerca que se encuentra la valoración de Von Herder de las posturas científicas del siglo XXI sobre la travesía humana global.³ Su voz quedó acallada por la afirmación de Kant, más ruidosa, de que el color de la piel estaba íntimamente relacionado con el carácter, venía fijado por la biología, era innato y, por lo tanto, constituía una forma legítima de clasificar y ordenar a los humanos por niveles. Los de piel clara eran superiores a los de piel oscura.

Kant también se mantenía firme en su creencia de que estas cualidades eran inmutables. La negrura de la piel africana estaba grabada a fuego y traía consigo estupidez, además de otras características relacionadas. Compartía la idea de la fijeza de

3. Pero no debemos cometer el error de pensar que Von Herder no fuera racista o que encarnara el modelo de científico moderno. «Un ministerio en el que el judío es supremo —escribió—, un hogar en el que el judío tiene la llave del armario y de la gestión de las finanzas [...] son Lagunas Pontinas que jamás podrán vaciarse.» También afirmó: «Un niño negro nace blanco: la piel alrededor de las uñas, los pezones y las partes íntimas se oscurecieron primero [...]. La proyección de la boca hace la nariz chata y pequeña, la frente se inclina hacia atrás, y el rostro, desde cierta distancia, se parece al de un simio».

las especies con el naturalista francés George Cuvier, quien optó por establecer tres razas de humanos en 1798: caucásicos, mongoles y etíopes. Les dio este mismo orden de importancia, con los europeos como los más hermosos y «superiores a los demás por su genialidad, coraje y actividad».

Ya en el siglo XIX, la biología avanzaba lentamente hacia una verdadera revolución. La idea de la evolución y el alejamiento del creacionismo formaban parte de la cultura científica, y en 1859, *El origen de las especies* de Charles Darwin revelaría la verdad de la historia de la vida en la Tierra y el proceso por el cual todos los seres vivos, nosotros incluidos, habíamos surgido. En los años que siguieron a la revelación de la selección natural, la continuidad de la vida en la Tierra se convirtió en la idea predominante, aunque la clasificación y la taxonomía aún fueron necesarias: la vida es continua, pero existen ciertas fronteras reales e inamovibles entre las criaturas. La clasificación de nuestra propia especie fue algo que Thomas Huxley, amigo de Darwin y su más ferviente defensor, acometió en 1870, y aunque se rigió por el principio de Linneo de los «cuatro grandes grupos de humanidad» (que ahora excluía a los *monstrosus*), su propósito fue mucho más allá y llegó a delinear decenas de poblaciones individuales y a tratar de explicar las diferencias entre unas y otras de forma científica. Estableció subgrupos dentro de las poblaciones cuyos nombres, afortunadamente, no calaron, como *xanthochroi* (blancos de piel clara) y *melanochroi* (europeos de piel más oscura cercanos al Mediterráneo). A pesar de emplear la jerga técnica propia de un científico victoriano y de recurrir a menudo a las mediciones craneales, Huxley también manejaba un lenguaje de una imprecisión indescifrable: «La estatura del negro es, de media,

regular, y el cuerpo y las extremidades están bien hechas». Pero también reconoció la mezcla de todas estas poblaciones, un hecho demostrado por la genética en el siglo XXI.

Pero la cosa no acaba aquí. En el siglo XX, el influyente antropólogo estadounidense Carleton Coon estableció cinco clases de *Homo sapiens*: caucasoide; mongoloide (que incluía a cualquier persona que fuera indígena del continente americano y del este asiático), australoide (en referencia a los aborígenes australianos), y dos tipos de negroides: capoide y congoides (del sur de África, cerca del Cabo, y del Congo). La ciencia contemporánea ha rechazado estas clasificaciones, aunque es bien cierto que siguen vivas entre algunos de los miembros del público de más edad, quienes se han referido a ellas en alguna conferencia.

El continuo fracaso al no decidirse por un número de razas definitivo demuestra lo absurdo de la cuestión. Jamás ha existido consenso sobre cuántas razas existen o cuáles son sus rasgos, al margen de las enormes generalizaciones habituales sobre el color de la piel, la textura del cabello y algunos rasgos faciales. No es sencillo desenmarañar el razonamiento, la evidencia y la motivación que encierra la pluralidad de visiones predarwinianas acerca de los orígenes humanos.

«El tiempo convierte lo antiguo y bueno en zafio», escribió el poeta James Russell Lowell. El lenguaje arcaico de los escritos de los antropólogos de los siglos XVIII y XIX no siempre queda claro en términos científicos modernos: la raza y la especie a veces se usan indistintamente; algunos parecen más inclinados hacia la ciencia, como Blumenbach, mientras que las posturas de otros, como Kant y Voltaire, son inequívoca y perjudicialmente racistas según los criterios actuales. Sin em-

bargo, todas y cada una de estas ideas deben tenerse en cuenta en el contexto cultural y temporal en el que se escribieron. Todas proceden de hombres europeos que estaban expuestos a los pueblos del mundo como consecuencia de la expansión de las rutas comerciales, de la colonización y de la construcción de imperios y, en muchos casos, de la conquista y la esclavitud de los pueblos con los que se cruzaban. La invención de la raza surge en una era de exploración, explotación y expolio, una era en la que la alterización de las personas de las colonias llegaba a meterlos, literalmente, en zoos de humanos.

En 1810, una mujer joiyai llamada Saartjie Baartman fue llevada a Londres desde Ciudad del Cabo, donde se la exhibió sobre un escenario en Picadilly, a veces con una correa: «La Venus hotentota, el fenómeno más espectacular del interior de África». Saartjie (o la pequeña Sara) era el nombre holandés que le habían dado; su nombre real se ha perdido. No cabe duda de que la etnicidad de Sara era parte de su atractivo, pero se la presentaba de la misma forma que a otras «curiosidades vivientes» de la época, como los casos extremos de obesidad, delgadez, altura y de otras alteraciones médicas, en lo que hoy llamaríamos un circo de fenómenos.

Tras cuatro años en Londres y de gira por el Reino Unido, Baartman fue vendida a un domador de animales francés que la exhibió en el Palais Royale. Allí vivió como si fuera una esclava y fue inspeccionada por científicos, entre ellos Georges Cuvier. Lo que les resultaba más interesante era un rasgo común del pueblo joiyai llamado *esteatopigia*, que consiste en unos depósitos de grasa que Sara presentaba en las nalgas y los pechos, y en la anatomía de sus labios vaginales, los cuales, aunque nunca se revelaron públicamente, se consideraron comparati-

vamente grandes. Sara Baartman falleció a los veintiséis años, en 1815, posiblemente a causa de la viruela o de la sífilis. Cuvier le practicó una autopsia, aunque no lo hizo para determinar la causa de la muerte, sino para inspeccionar más a fondo sus rasgos anatómicos fundamentales. Esta lúgubre historia de explotación y de cosificación literal es un elemento clave del desarrollo de las ideas de Cuvier acerca del racismo científico, ya que asumió que el cuerpo de Sara era fijo y típico de su categoría de etíope, una clase de humano desconectada, tanto en comportamiento como en historia, de otras estirpes superiores por naturaleza.

En el siglo XIX hubo un distanciamiento gradual del poligenismo. La teoría de la evolución de Darwin se construyó sobre la tesis de la antigüedad de la humanidad y de que la edad de la Tierra era de millones de años, y no de seis mil años, como predicaba el creacionismo. Aun así, bien entrada la segunda parte del siglo XX, los debates científicos sobre los orígenes humanos contrapusieron la hipótesis de la emigración africana a la hipótesis multirregional. ¿Evolucionó el *Homo sapiens* en África y luego se dispersó por el mundo, o uno de nuestros primeros ancestros emigró de África mucho antes? Y ¿evolucionaron las diferencias que observamos en las poblaciones contemporáneas como linajes diferenciados?

Hemos visto una recapitulación interesante del monogenismo contra el poligenismo del siglo XX, pero cabe mencionar que la hipótesis multirregional no era de ideología racista, sino que, sencillamente, era errónea. En la década de 1990, gracias a la auténtica catacumba de fósiles humanos antiguos hallados en el interior y alrededor del Valle del Rift, la hipótesis de la emigración africana obtuvo la victoria definitiva. Aho-

ra, el modelo de la dispersión del *Homo sapiens* por el mundo colocaba a África como punto de origen. Actualmente, este es un hecho aceptado universalmente, aunque todavía quedan muchos detalles por salir a la luz.⁴ Como hemos dicho, los miembros más antiguos de nuestra especie (aunque tuvieran una forma más arcaica) residieron en lo que hoy es Marruecos, no en el este de África, y todas las evidencias apuntan firmemente a que hubo una diáspora que partió de África hace unos setenta mil años.

La lejana prehistoria de nuestra especie es profundamente relevante desde el punto de vista de la historia de la taxonomía racial. Las ciencias antropológicas habían empezado a fundirse con las nuevas técnicas bioquímicas a principios del siglo XX, una trayectoria que vendría a materializarse del todo con la genética en el siglo XXI. La biología de la diferencia estaba a punto de alcanzar una escala molecular, y no empezó por la piel, sino por la sangre.

La idea de que la sangre es la portadora de la herencia es antigua. Hablamos de líneas de sangre y de sangre pura, pero el ADN y los genes ahora son equivalentes en cuanto a las descripciones coloquiales de la herencia. La sangre también desempeña un papel significativo en los estudios de la clasificación humana del siglo XXI. El sistema ABO se documentó por primera vez a principios del siglo XX. Los distintos tipos

4. En julio de 2019, se documentó la evidencia de un cráneo de *Homo sapiens* en una cueva de Grecia cuya antigüedad se estableció en doscientos diez mil años. No es la primera evidencia que se encontraba de las dispersiones iniciales de nuestra especie desde África, pero sí la más antigua. No vemos continuidad en el presente de estos primeros migrantes y por ello presuponemos que sus linajes se extinguieron y que posiblemente fueron sustituidos por los neandertales.

de sangre reflejan sutilmente distintos alelos del gen *ABO*, y esta fue la primera vez que se documentaba este tipo de diferencia genética. En 1919, Ludwik y Hanka Hirschfeld observaron estos tipos en dieciséis grupos de soldados para ver si variaban según el país de procedencia (y según si eran judíos o no). Descubrieron que los tipos A y B estaban repartidos en grupos por todo el mundo, lo que constituyó la base de su teoría de la existencia histórica de dos razas de humanos que luego se mezclaron, lo que explicaba por qué había grupos sanguíneos parecidos que se encontraban separados por distancias tan grandes. De hecho, el mismo sistema sanguíneo *ABO* está presente en los gibones y en los monos del Viejo Mundo, y es anterior a los linajes homínidos. No obstante, los hermanos Hirschfeld no lograron esconder del todo sus propios prejuicios al diseñar sus pruebas: «Bastó con decirles a los ingleses que los objetivos eran científicos», escribió Ludwik Hirschfeld en su autobiografía.

Nos permitimos engañar a nuestros amigos franceses al decirles que podríamos descubrir con quiénes podían pecar impunemente. [Cuando] les dijimos a los negros que los análisis de sangre nos dirían quiénes merecían irse de permiso, extendieron sus manos negras inmediatamente y de buena gana.

El estudio de la diversidad genética de Richard Lewontin tan frecuentemente citado también se sirvió de la sangre para poner a prueba ciertos conceptos raciales. En su artículo de 1972 «The Apportionment of Human Diversity» [La distribución de la diversidad humana], Lewontin observó que la gran mayoría (el 85%) de las diferencias genéticas se daban

dentro de las razas clásicas, no entre ellas, y que tan solo el 6% de las diferencias se segregaban por raza. Esta conclusión ha sido cuestionada varias veces desde su publicación, pero sigue siendo correcta en términos generales. El desafío principal quedó formalizado en 2003 en la «falacia de Lewontin», del matemático Anthony Edwards, quien señaló que, al agregar múltiples puntos de variación a lo largo del genoma, se puede predecir con precisión de qué población procede un individuo concreto. Ambos resultados son ciertos; tan solo dependen del grado de detalle y de precisión.

A medida que se nos fue dando mejor leer los genomas y fuimos aplicando nuestro conocimiento a más genomas, pudimos extraer unas ideas cada vez más precisas de las diferencias entre las poblaciones. Uno de los grandes estudios de genética de poblaciones humanas del siglo XXI llegó en 2002, en los primeros años de la revolución genómica. Al obtener los genomas de muchas personas de todo el mundo, ahora podíamos profundizar en ellos y observar las semejanzas. Esta técnica depende de la capacidad de obtener caracteres individuales de diferencia entre personas que se suponen representativas de una población para luego pasarlos por un programa de ordenador que los agrupa, casi como si creara un mapa de semejanzas. Noah Rosenberg y su equipo analizaron a 1.056 personas procedentes de cincuenta y dos regiones geográficas y observaron 377 puntos del genoma en los que se sabe que el ADN cambia de una persona a otra.⁵ Mediante esta técnica

5. A las regiones de este estudio se les dio el nombre de *microsatélites*, y son pequeños tramos de ADN que se repiten como un disco rayado. Lo que varía entre las personas es el *número* de repeticiones.

concreta, se le pide al ordenador que organice estas variables en un número establecido de grupos. Cuando se empieza por dos grupos, se identifican dos grupos de humanos: uno se compone de africanos y eurasiáticos, y el otro de asiáticos del este y nativos americanos y australianos. Con tres grupos, África queda separada como grupo propio. Con cinco, los australianos aborígenes se convierten en un grupo distinto. De forma que tenemos africanos, europeos (incluidas las personas del Asia occidental), asiáticos del este y nativos americanos, y australianos aborígenes.

Estas agrupaciones guardan un parecido razonable con las taxonomías raciales clásicas de la era del racismo científico. ¿Significa esto que, después de todo, estaban en lo cierto? Pues no, porque este tipo de análisis muestra grandes similitudes entre las poblaciones: refleja las regiones geográficas, las cuales no constituyen barreras infranqueables para la reproducción, pero sí dificultan los cruces; por otro lado, también refleja la historia evolutiva y la migración. Los datos también mostraron gradientes extensos y claros entre todos los grupos, y no permitían establecer sin ambigüedades dónde termina un grupo y empieza el siguiente. Al no haber límites evidentes entre las estructuras de estas poblaciones, lo que mostraron fue continuidad entre los individuos. Y esto, tal como había planteado Johann Gottfried von Herder, se debía a que la variación humana no claudica ante taxonomías artificiales impuestas, sino que refleja la historia.